

Heterosexualidad, ¡santo problema!



JOSÉ ASSANDRI¹

El desarrollo de lo que se llamó sexualidad desde fines del siglo XIX formó una pareja de palabras: heterosexual/homosexual. Thomas Laqueur señalaba que hasta Freud había un solo sexo y que correspondía llamarlo *unisexo*. Ese sexo era el masculino. Recién a partir de Freud comenzó a haber dos sexos. Desde esa lógica, el psicoanálisis tuvo una participación importante en la construcción de la heterosexualidad. Los desarrollos tecnológico científicos han generado fuertes cambios en lo que implica una cuestión básica e implícita de la heterosexualidad, la reproducción. ¿Qué resta de la heterosexualidad a partir de la fecundación in vitro? ¿Hasta dónde es heterosexual la donación de esperma? Por más que los gametos sigan nombrándose macho y hembra, ¿cuántos cambios podría implicar para la llamada heterosexualidad?, ¿y la clonación, que volvería prescindible a cualquiera de los *partenaires*? Además de esas sacudidas sísmicas que ha sufrido la heterosexualidad y que amenazan con volverla obsoleta, la llamada «heterosexualidad obligatoria» también ha sido puesta en cuestión desde el campo discursivo a partir de los trabajos gay, lesbianos y *queer*. De ahí la necesidad de explorar lo que quedaba oculto entre los pliegues del término heterosexualidad.

Fue necesario que se produjeran ciertos trabajos en el campo gay, lesbiano, *queer* para que se pusiera realmente en cuestión la *heterosexualidad*. Pero a partir de esas lecturas, entre las que podemos incluir los libros de

1 Miembro de la École Lacanienne de Psychanalyse, Montevideo.
assas@adinet.com.uy

Jonathan Katz y la compilación de artículos de Catherine Deschamps, un asunto insiste de otro modo: ¿de qué se trata la heterosexualidad para el psicoanálisis? ¿Tiene algo que ver con el estatuto psicoanalítico de la sexualidad? ¿Qué es lo que allí se encuentra? ¿Aceptar el término heterosexualidad como propio no arrastra al psicoanálisis hacia una pastoral? Una ya vieja evidencia dice que no hay un solo psicoanálisis, lo que se comprueba en cada congreso, porque además la sexualidad para el psicoanálisis no es esa fenomenología que nos llena los ojos desde los *mass media*. Pero, ¿qué efectos produce esa heterogeneidad discursiva que a veces aparece como políticamente correcta? ¿Acaso un eclecticismo heteróclito no termina neutralizando las discusiones? ¿No aparecen algunas invariantes cuya función es sostener ese conjunto heterodoxo? ¿La heterosexualidad no podría ser una de esas invariantes? ¿Y cuánto cambiaría la consideración de las llamadas perversiones si justamente la llamada heterosexualidad deja de tener el peso que ha tenido desde la invención de las *sciences sexualis*?

CAPERUCITO Y LA LOBA (CUENTO INFANTIL)

Caperucito iba caminando por el monte. Iba rumbo a la casa de su abuelito a llevarle la merienda. De pronto, desde la espesura del monte, apareció una loba.

—¿Cómo te llamás? –dijo la loba.

—Caperucito –dijo Caperucito.

—¿A dónde vas? –preguntó la loba.

—A casa de mi abuelito –contestó Caperucito.

—¿A qué? –preguntó la loba.

—A llevarle la merienda –respondió Caperucito.

—¿Qué le llevás?

—Le llevo un *cheese-cake* y un litro de grapa.

—¡Ah! –dijo la loba– ¿No querés darte un bañito en el arroyo? Está re linda el agua.

—Mi papá me dijo que no me vaya con extrañas –alegó Caperucito.

Pero la loba insistió con su invitación.

—En la orilla hay bayas silvestres re ricas. ¿No querés probar?

—Mi papá me dijo que no vaya con extrañas...
—Son re ricas las bayas –volvió a insistir la loba–. ¿No querés probar las bayas?
—Me dijo que no vaya... –respondió Caperucito.
—Vení, probá las bayas... –repitió la loba.
Caperucito estaba a punto de caer, víctima de la confusión significativa, cuando de pronto, la maestra de cuarto grado surgió de la nada diciendo:
—Caperucito, baya, cuando se trata de fruta va con b larga. Cuando es del verbo ir, va con v corta.
Y así fue que, gracias a su maestra de cuarto grado, Caperucito se salvó de perder la inocencia aquella tarde en el monte.

Se podría pensar que esa historia de los lobos peligrosos es demasiado antigua, que fueron asuntos de la vieja Europa en tiempos en que no había tanta civilización. ¿Cómo es, entonces, que niños de nuestro tiempo pueden ser afectados por el miedo a los lobos? Más allá de los últimos acontecimientos en los que han estado implicados perros, parientes de los lobos que han aparecido en las noticias, el asunto implica considerar que es la palabra la que muerde, son los significantes los que producen efectos.

El trastrocamiento de géneros en este cuento infantil no solo implica los nombres de los personajes sino que también afecta la ligazón entre los significantes Caperucita y lobo, una ligazón que podría llamarse natural para quienes fuimos acunados por esos cuentos. Esa ligazón de significantes da carácter estructural a los efectos del lenguaje y es una de las razones del valor de la poesía en tanto rompe y corrompe ligazones. Hacer efectiva una relación Caperucito y loba implica invertir femenino/masculino por masculino/femenino, y aunque en ambos casos se trate de heterosexualidad, la pequeña inversión necesaria para leer un cuento tal, genera de antemano la duda de si el lector caerá o no en algún lapsus de género, o en algún error de género, porque también habría que decidir de qué se trata, si de lapsus o error.²

2 La lectura en voz alta de este texto satisfizo al viejo inconsciente freudiano provocando equívocos. La risa que siguió al equívoco sitúa la cuestión más del lado del error que del lapsus, o al menos eso gusta creer el autor.

A lo largo del tiempo han surgido muchos comentarios ácidos con respecto a Caperucita Roja, incluso bajo el modo de diferentes versiones que llegan a la Caperucita pornográfica. Pero simplemente me detendré en algunas preguntas: ¿por qué el lobo en vez de comerse a Caperucita en el bosque la esperó en la cama? Nada le impedía hacerlo antes de llegar a la casa. ¿Acaso Caperucita tenía baja visión, que no se dio cuenta a primera vista de que el lobo no era su abuelita? Y si tenía baja visión, ¿por qué se detuvo de manera tan detallista en el tamaño de partes del cuerpo del lobo? Hay preguntas obvias que a veces cuesta hacerse. Algo de eso se pone en juego cuando uno va por el trillo habitual, y desviarse del camino, de pronto, no siempre, provoca buenas cosas.

Moraleja segunda: Nunca somos inocentes, nunca nos salvaremos de revolcarnos en el arroyo (en el viejo sentido, ese curso de agua sucia a donde antiguamente marchaban los desechos de las casas), porque nunca vendrá a salvarnos la maestra a la hora de la siesta, cuando estamos en aprietos en medio del monte. Ella está ocupada corrigiendo los deberes de los niños buenos, de los que no salen de casa.

TENGO MIEDO, TORERO (DRAMA DE PEDRO LEMEBEL)

El cuento del comienzo fue escrito en honor a Pedro Lemebel, poeta, artista plástico, *performer* chileno que en algún momento formaba parte de un proyecto llamado Las Yeguas del Apocalipsis. En abril de 2010 asistí a la representación de *Tengo miedo, torero* en la sala del teatro El Galpón.³ En el mismo escenario transcurrían dos historias, a veces de manera simultánea y a veces sucesiva, y algunos personajes enlazaban una historia con otra. En una, a la derecha, un estudiante revolucionario engatusa a un travesti, o más bien, una *trans*, logrando que ella esconda materiales subversivos y armas. Se inicia así una relación amorosa por el lado de la *trans*,

3 A la espera del comienzo de *Tengo miedo, torero*, Susana García, presidenta de la Comisión Científica del Congreso de APU, me invitó a participar del VI Congreso y las XVI Jornadas «Desafíos del psicoanálisis contemporáneo». La primera versión de este artículo fue expuesta en ese congreso, y de algún modo lleva la marca del lugar y el momento en que se produjo la invitación.

aparentemente utilitaria por parte del estudiante, para finalizar en una relación afectuosa en la que el estudiante se preocupa por salvar a la *trans* del lío en que la había metido. Del otro lado del escenario, a la izquierda, las escenas representaban lo que podría llamarse una pareja heterosexual. Ya mayores, la mujer habla y habla, mientras que el hombre es puro silencio, un momio, como dirían los chilenos. Esa pareja heterosexual eran ni más ni menos que Augusto Pinochet y señora. Augusto aparece dentro de un ataúd parado, un muñeco de bigotito y lentes oscuros, un muerto. Esa tensión rara entre la pareja estudiante-trans y la pareja momio-momia emerge de la polaridad heterosexualidad/homosexualidad.

La puesta en escena de una pareja homosexual (revolucionario + trans) y una pareja heterosexual (dictador + señora de) también ponía en escena la cuestión del poder: de un lado una pareja clandestina, del otro una pareja totalitaria. Pero hay una ironía muy grande en representar a la pareja heterosexual justamente a través de Pinochet y su mujer. Y no deja de ser una nota interesante el hecho de que la mujer de Pinochet es la que habla, la que decide, mientras que Augusto está encerrado en su ataúd, ciego, sordo, inmóvil, de hecho ella es la patrona de Pinochet. Por cierto que en esa pareja no se jugaba para nada el amor, cosa que sí se ponía en juego en la pareja clandestina. En el final de la obra el ataúd y Augusto caen estrepitosamente al suelo, imagen por cierto del final de la dictadura, pero que bien podría ser el deseo de la caída de la dictadura de la heterosexualidad.

HETERO

«Para que una mujer guste a los varones debe mantenerse siempre bella, mientras que para un hombre, alcanza con que tenga los cinco miembros erectos.» Esta frase es una versión nuestra de los dichos que Freud publicó en su *Psicopatología de la vida cotidiana*. Freud se los atribuyó a una mujer, probablemente vienesa, fechados en 1890, y los incluyó en el capítulo V de su libro «El trastrabarse», según la traducción de José L. Etcheverry, o «Equivocaciones orales», según la traducción de López Ballesteros. Un estudio comparativo de las tres traducciones existentes de Freud al español podría habernos dado algunos sesgos interesantes, pero lamentablemente no pude encontrar un ejemplar de la traducción que Ludovico Rosenthal

hizo para Santiago Rueda. Que en la biblioteca de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay no estén las tres traducciones de Freud me parece algo bastante embarazoso, pero tampoco personalmente pude subsanar esa ausencia. Tomar ese sesgo de diferentes traducciones podría ser calificado como una simple curiosidad particular, pero implica tener presente la pregunta ¿qué leemos cuando leemos a Freud en español?, que en el fondo no es más que ¿qué leemos?

Sí, una mujer tiene que ser bella si quiere gustar a los varones. Para el varón, en cambio, todo es más fácil; le basta con tener sus *cinco* miembros derechos, y no necesita más. [Traducción de José L. Etcheverry.]

Sí; una mujer necesita ser bella para gustar a los hombres. El hombre tiene menos dificultad para gustar a las mujeres. Basta con que tenga sus *cinco* miembros bien derechos. [Traducción de López-Ballesteros.]

En su análisis del lapsus, Freud postula que se fusionan dos frases con sentido parecido:

«Basta con que tenga sus cuatro miembros bien derechos.»

«Basta con que tenga sus cinco sentidos bien cabales.»

Aquí no hay diferencias sustanciales entre una y otra traducción. La palabra *cinco* aparece señalada por Freud como una clave del lapsus. Importa señalar que ese lazo entre las dos frases emparenta la atracción entre los humanos con el sentido común. Por otro lado, el término derechos (*gerade*) puede dar lugar a dos líneas distintas:

«Basta con que sus miembros sean derechos (*gerade*)»

«Por lo demás, podrá dejar que los cinco sean pares (*gerade*)»

Esto para López-Ballesteros; en tanto que para Etcheverry el asunto sería:

«con solo tener sus miembros derechos (*gerade*)»

«dejar correr todo a mano abierta (*fünf gerade*)»

No vamos a detenernos en comparar las dos versiones ni en las elecciones de términos (varón/hombre, por ejemplo) ni en la forma de escribir las oraciones (puntos, punto y coma, por ejemplo), pero sí quiero detenerme en algo que parece que ambas versiones concuerdan: algo interfiere en que los hombres gusten a las mujeres. Esa interferencia tiene un estatuto diferente en las dos versiones. Para Etcheverry la segunda lectura, «ser mano abierta», indicaría que en caso de no tener los miembros derechos el hombre bien puede recurrir a la billetera (aquí podemos recordar el dicho rioplatense «billetera mata galán»). Para López-Ballesteros hay algo más radical, tener los miembros derechos puede resultar «que los cinco sean pares». Resulta interesante que López-Ballesteros parece recurrir a un imposible lógico para señalar esa interferencia, mientras que para Etcheverry las dificultades se presentarían al agotar los recursos, es decir, más del lado de la potencia o la impotencia. Por cierto que recurrir al original en alemán podría darnos otras posibilidades, pero de todos modos, prestar atención a lo que leemos en español puede tener su utilidad, o establecernos en ciertas advertencias, aun sin haber podido contar con Ludovico Rosenthal para desempatar.

¿Por qué recurrir a un lapsus y no a algo más teórico y «sexudo»? Los dichos de una mujer vienesa de 1890, escapando del miriñaque y del corsé, la habrán sonrojado al escucharse ella misma. Pero era a partir de esas cosas que Freud hacía sus elucubraciones. Para Freud, en expresiones como éstas operaban los mecanismos de *condensación* y *contaminación*. Podría hacerse una bella teoría sobre las relaciones entre los sexos a fines del siglo XIX. En primer lugar la sexualidad sería algo entre mujeres y hombres; por otro lado, mientras que para la mujer la clave está en la belleza, en el hombre se trata de la potencia, con lo que para cada uno hay un rasgo clave. Y por último, el asunto sería mantener esos atributos, belleza y potencia, cuestión que no se presenta como algo tan sencillo, sino más bien del orden del imposible. Así como en la época del miriñaque y el corsé no era fácil mantenerse bella, tampoco lo es en estos tiempos con cánones de belleza creados por los descendientes directos del doctor Viktor Frankenstein, fabricantes de cuerpos-*collage*. Y qué decir para el hombre, para quien tampoco resulta tan simple mantenerse «erecto». Por más que la farmacología ofrezca sus recursos, la cuestión del deseo queda fuera de

todo prospecto, y en esto podría reconocerse que se trata de asuntos del mismo cuño: el falo.

Los dichos atribuidos a la mujer vienesa de 1890 pueden considerarse dentro del rubro heterosexualidad. Algunos podrán objetar el uso de esta palabra, porque la sexualidad estaba en su tiempo de invención, y seguramente en esos tiempos, heterosexualidad no sería un término de uso corriente. Podrían condenarme como anacrónico, por usar términos fuera de época, como por ejemplo, cuando se objeta a quienes hablan de homosexualidad en la antigüedad griega. Les asiste razón a los historiadores que hacen esas críticas. Cuando se utilizan términos de la modernidad para otras épocas se atribuyen supuestos que no corresponden, se produce todo un arrastre ideológico. Los griegos no eran homosexuales, aunque tampoco homosexualidad dice lo mismo ahora que hace diez años, o veinte, o treinta, incluso depende de dónde se utilice el término y bajo qué condiciones. Algo por el estilo puede decirse de la heterosexualidad, porque en el fondo resulta anacrónico utilizar ese término para la cita de Freud. En otros campos⁴ algunos hacen un elogio del anacronismo, planteando que no se trata de escapar de él sino de cómo tenerlo presente. Es inevitable el anacronismo cuando nos formulamos ciertas preguntas y visitamos otras épocas y otros textos. Incluso podríamos llegar al extremo de considerar que todas nuestras lecturas de Freud son anacrónicas. Cualquier pregunta que nos formulemos es parte de nuestra época y no podemos desprendernos de ella. Aunque tal vez, para poder situarse adecuadamente, primero sería necesario caer en la cuenta de que no es lo mismo, que el arrastre ideológico es un problema que debe considerarse antes de entrar alegremente en el anacronismo.

Quiero entrar en algunos detalles de la palabra heterosexualidad; en particular, de su fabricación. Es un término con fecha de invención. Para Michel Foucault en 1869 se habría inventado el término *homosexual*, y recién en 1879 *heterosexual*. Según Jonathan Katz, en su libro sobre la invención de la heterosexualidad, el alemán Karl Maria Kertbeny le escribió

4 Véase Boehringer, S., «Para una exploración construccionista de la sexualidad antigua», en la revista *Nácate* n° 2.

a Karl Ulrich⁵ una carta en 1868. Allí enumera una serie de términos de su invención: *monosexual*, *homosexual*, *heterogenital* y *heterosexual*. Algunos de estos términos desaparecieron mientras que otros quedaron por un tiempo en el olvido. En 1880 aparece por primera vez impresa la palabra *heterosexual* en el libro de un zoólogo, *El descubrimiento del alma*. El término tuvo algunos desvíos, ya que en 1892 llegó a nombrar una perversión que incluía a los que tenían comercio sexual indistintamente con un hombre o con una mujer. Fue con el paso del tiempo, y fundamentalmente por oponerse a *homosexual*, que la *heterosexualidad* realizó su recorrido triunfante y silencioso a través del siglo xx. En ese camino la famosa *Psychopathia sexualis*, de Richard von Krafft-Ebing, que conoció 11 ediciones en diez años desde su publicación en 1886, fue la que terminó sancionando el término heterosexual como imprescindible para la sexualidad a fines del siglo xix.

Lacan señala en su conferencia «Simbólico, imaginario y real» que la formulación de Hegel «el concepto es el tiempo» es enigmática. Pero podemos considerar que la *heterosexualidad* es un ejemplo de eso. *Homosexual* y *heterosexual* fueron palabras inventadas por alguien que defendía a aquellos que eran perseguidos por su erotismo. *Homosexual* pasó a ser un nombre destinado a patologizar, mientras que *heterosexual* se volvió un término normalizante. El tiempo hizo que ciertos términos devinieran «conceptos» aunque su consistencia originaria de pronto era otra.

Entrar un poco más en la palabra nos revela algo clave: *heterosexual* es un término bastardo, compuesto de una parte griega, *hetero*, «distinto», y otra latina, *sexual*,⁶ que no quiere decir otra cosa que «división». Si tomáramos como clave de lectura el término *sexual*, y como *hetero* en latín se dice *alterus*, podríamos obtener un término puramente latino: *alterosexual*. Y manteniendo el lazo con homosexual, podríamos sustituirlo por *idemsexual*. *Alterosexual* nos podría resultar divertido por su consonancia con alteración, pero con *idemsexual* tendríamos que hacer un poco de esfuerzo para llegar a considerarlo pertinente. Sin embargo

5 Debemos aquí tener en cuenta que Karl Ulrich fue quien encabezó el primer movimiento de defensa de los uranistas, e incluso le dio ese nombre hoy casi olvidado.

6 Se llama precisamente bastardos a los términos que tienen ese doble origen.

no debemos censurarnos rápidamente, ya que los diccionarios se toman su tiempo para incorporar los términos que se inventan, y más cuando se trata de la Real Academia Española, cuya glamorosa consigna es «Limpia, fija y da esplendor». Conviene sospechar de la relación entre una lengua y la monarquía: produce cosas curiosas. Mientras que en el *Diccionario de uso del español*, María Moliner, edición 1992, el término «heterosexual» no existe, en la 21ª edición del Diccionario de la Real Academia Española, también de 1992, encontramos:

«Heterosexualidad:

1. f. Inclinación sexual hacia el otro sexo.
2. f. Práctica de la relación erótica heterosexual.»

Si buscamos mediante Internet encontramos que para la 22ª edición, de 2001, aparecen las mismas definiciones, pero con una advertencia: «Artículo enmendado», y la enmienda dice:

«1. f. Inclinación erótica hacia individuos del sexo contrario.»

Esta enmienda figura como «Adelanto de la 23ª edición». Dos cambios se hacen evidentes en esta enmienda: uno es el de suprimir la cuestión de la práctica, se ve que la distinción entre teoría y práctica dejó de tener relevancia para la sexualidad Real (académica, claro). Otro cambio es la sustitución de «otro sexo» por «sexo contrario». Ese pasaje de «otro» a «contrario» probablemente marque la distancia entre una definición androcéntrica que sanciona como «otro» a la mujer a partir del hombre, para llegar a una definición no tan centrada en el hombre, donde «contrario» permitiría ambos puntos de partida, desde hombre o desde mujer. Pero, ¿hasta dónde es contrario un sexo de otro? ¿Qué tipos de batallas genera esa contrariedad? La Real Academia Española podría haber sido más políticamente correcta en su enmienda y definir heterosexualidad como «inclinación erótica hacia el sexo complementario». Tal vez algunos habrían sido más felices, porque las palabras no son inocuas, y más allá de los fundamentos que subyacen a las formulaciones, debemos considerar que la conjugación de los verbos afecta a los sujetos. Pero, ¿qué quieren

decir heterosexual y homosexual? Si nos atenemos a una etimología estricta, heterosexual sería una «distinta división», y homosexual una «igual división», cuestión en la que resuena la teoría de Aristófanes sobre el amor que aparece en *El banquete*, de Platón. Se podría conjeturar que los inventores de palabras habrían sido más certeros si se hubieran puesto un poco más griegos y hubieran logrado términos más puros como *heterofilia* y *homofilia*, es decir atracción por lo distinto o por lo igual.⁷ ¿Hubieran estado más cerca de lo que quisieron nombrar? Incurrir en estos juegos de lenguaje, porque no son otra cosa, tiene como finalidad rarificar esa heterosexualidad que se considera absolutamente establecida.

La rarificación podría considerarse un procedimiento que rinde sus dividendos a la hora de sacudir el árbol del lenguaje. El término lo tomé hace un tiempo de un artículo de Frédéric Gros sobre Michel Foucault. Me resulta un modo interesante de mover eso que aparece establecido, que parece intocable, donde el recurso a la etimología para nada tiene que ver con ir a buscar una verdad última de las palabras, sino poner en cuestión lo que se supone significa, o a qué refiere una palabra. La literatura toma ciertos sesgos del lenguaje que ponen en el tapete los alcances del lenguaje, incluso los alcances de la lengua española. Ha habido formas de lenguaje propias de ciertas lenguas, como por ejemplo el *non sense* y el *limerick*,⁸ típicos de la lengua inglesa, que ponen en cuestión el sentido común, las fórmulas prefabricadas. Estas figuras inglesas no pasan fácilmente al español, pero vayamos a una práctica poética modernista oriental cultivada por Julio Herrera y Reissig, Roberto de las Carreras y otros: el insulto. Partiendo de la recuperación que hizo Aldo Mazzucchelli del poeta Herrera y Reissig sobre la forma de insultar del 900, citemos un ejemplo dedicado a Guzmán Papini Zás:

7 De todos modos, ¿dónde comienza lo distinto?, ¿dónde termina lo igual?

8 El *non sense* es una de las claves de las obras de Lewis Carroll, por ejemplo sus dos libros sobre Alicia. El *limerick* es una composición poética humorística de cinco versos también originaria de Inglaterra y popularizada por Lear. Al respecto puede consultarse el libro de César Aira, *Edward Lear*.

El conocido por los nombres de lagarto viejo, concubinato por seis vin-
 tenes, condón gastado, el varioloso metrómano, el inspirado imbécil, el
 pollino trilingüe, el crédito de la estupidez montevideana, el derrengado
 chacuero, el repelente plagio de hombre, el espermatozoide atáxico, el
 fenómeno conyugal, la reencarnación de Bertoldino, el atentado a la virili-
 dad, la caricatura de Cuasimodo, el curculio del chapatal, el microcosmos
 de la bellaquería, el babuino masturbador, el bagazo diarreico, el descre-
 dito de los apellidos terminados en ini, el badulaque de los arrabales, el
 patentado tilingo, el bodrio mantecoso, el desperdicio de los contubernios,
 el cacófago, el bandullo, la bazofia, la excrecencia de los conventillos, el
 miserable caurtago, la cagarruta humana, el...

Mi orgullo de aristócrata me obliga a sonreír desde mi pedestal del
 origen terroso de esta canalla del sub-suelo, cuya falta de inteligencia dé-
 bese atribuir a la pobre savia genealógica que da limosna a sus células. La
 pseudo intelectualidad de este muchacho es un cachivacherío de fósiles,
 es un pugilato de lecturas indigestas que claman por un laxante. En las cir-
 cunvoluciones laberínticas de su cerebro deforme cruzado de tubérculos,
 una muchedumbre de gérmenes morbosos determinan los desentones de
 su acordeón de microcéfalo. Si como dice Lombroso la Ciencia Moderna
 está llamada a dar celebridad histórica a los más eximios idiotas de la
 intelectomanía, los uruguayos se deben enorgullecer ante la idea de que
 el coplero de la Tribuna, Guzmán Papini, hará inmortal al país.

Esto puede leerse en el artículo de Aldo Mazzucchelli «Camafeísmo del
 insulto en el 900 montevideano» y en su biografía sobre Herrera y Reis-
 sig. En la biografía Mazzucchelli señala que el insulto por el 900 no tenía
 solamente un objetivo moral sino que también implicaba una inquietud
 estética. Esa inquietud estética, acumulativa hasta el exceso, surgía de la
 posición poética de Herrera, una posición que buscaba

destruir la referencialidad externa de las palabras hacia las cosas, e invertir
 esa referencialidad de modo que las cosas se conviertan solo en palabras,
 autorreferencias de ese mundo de alteración y de fiebre. El texto se convier-
 te en registro de sensaciones que trabajosamente buscan ser solo internas,
 rompiendo así la tiranía del par sujeto-objeto.

Por un lado, la dispersión significativa a la que recurría Herrera y Reissig se opone al monocorde término «heterosexualidad», omnipresente en muchos discursos, pero que termina siendo una palabra condenada a transportar tal variedad de significados atribuidos por la cultura a partir de las *sciencia sexualis*, que finalmente su supuesta referencialidad se diluye. Por otro lado, la heterosexualidad resulta demarcada más por su negativo, producida por lo excluido y opuesto a la homosexualidad, engendrada por esa negatividad presente sobre todo en el decir popular bajo el modo de la injuria. En la medida que esa negatividad se deslíe la heterosexualidad se licúa.

Como se sabe, Freud optó por la científicidad de la sexualidad distanciándose del término erotismo, que le resultaba más corriente y popular. Esa opción lo convertía en interlocutor de Krafft-Ebing y todos los sexólogos de fines del siglo XIX. Ser interlocutor exige participar de un lenguaje que sea común, y ello incluía toda la psicopatología de la sexualidad. No es azaroso entonces que al recorrer tanto la obra de Freud como la de Krafft-Ebing, algunos términos psicopatológicos tengan mayor frecuencia que la que tiene el término heterosexual, del que por otra parte no aparecen definiciones más que implícitas y negativas. De todos modos, Jonathan Katz distingue la originalidad de Freud calificando sus concepciones de «mística heterosexual», considerando que habría en ellas «la idea de una heterosexualidad esencial, eterna y normal». Y Katz se dedica a analizar el llamado caso Dora, esa joven situada en una trama compuesta por dos hombres y dos mujeres, entre los que estaban sus padres. Cuestiona el forzamiento heterosexual que sufrió Dora en su adolescencia (a los 14 años), y que Freud no objetara ese forzamiento sino que también tomara partido.

Tal vez a Freud no le hubiera resultado agradable ser considerado junto a los psicólogos sexuales, ni un «místico heterosexual», pero para Katz, a fines del siglo XIX y comienzo del XX, se produjo un movimiento que califica de «*coming-out heterosexual*». Esa salida del armario del heterosexual implicó, para Katz, un alejarse del objetivo de la reproducción para hacer lugar al placer sin procreación. Puede parecer loca esta idea pero es una evidencia de que la *Psychopathia sexualis* de Krafft-Ebing tuvo miles de lectores que no buscaban en los cuadros patológicos otra cosa que las formas del placer.

La lectura que hace Katz de Freud se detiene en dos puntos clave. De *Tres ensayos de teoría sexual* cita: «En el sentido del psicoanálisis, entonces, ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio» (nota de 1915). Y del artículo «Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» cita: «Es preciso confesar que también la sexualidad normal descansa en una restricción de la elección de objeto» (1920). Va de suyo que la elección de estas citas no es ingenua en la medida en que ellas sirven para hacer patente la constrictión a la que resulta sometido el cuerpo y los goces.

Volvamos a la cuestión del lapsus de la vienesa en 1890. ¿Por qué comenzar por un lapsus? El propio Freud señala que el lapsus también puede leerse como un chiste. ¿Cuál es la diferencia entre hacer de estos dichos un lapsus o un chiste? En el lapsus algo que es dicho inadvertidamente pesca al locutor luego de haber hablado, sin tener conciencia, sin saber lo que decía. En el chiste, quien habla se muestra advertido de algo, en este caso de las dificultades tanto para el hombre como para la mujer de encontrarse cómodos y atractivos. Esa ambigüedad entre lapsus y chiste dice de lo que se trata la sexualidad para el sujeto que interesa al psicoanálisis, es decir, algo totalmente atravesado por el no querer saber. Partir de las formaciones del inconsciente implica tomar partido por la particularidad que no puede extenderse a otros. No hay enunciado general que pueda ser verdad para cada uno (por más que este enunciado general se contradice consigo mismo). Si no hay formulación teórica que pueda predecir un lapsus o un chiste, ¿podría orientarse la sexualidad según la pareja heterosexual/homosexual? ¿Hasta dónde en estos tiempos no sigue habiendo un intento de forzamiento heterosexual? ¿Y cómo se ubica el psicoanálisis respecto a eso? Aquí se parten las aguas para mí: hay un *psicoanálisis orientado* y un *psicoanálisis clásico*. Un *psicoanálisis orientado* tiene justamente como horizonte una orientación heterosexual que siempre escapa. Un *psicoanálisis clásico* sigue la consigna freudiana de cada caso como si fuera el primero, y no considera que las formulaciones teóricas deban imponerse a lo propio de cada sujeto. Si Freud planteó el principio «cada caso, el primero» es porque estaba advertido de los extravíos a los que puede conducir el saber teórico.

¿Qué estatuto podemos darle en estos tiempos a los cambios en la unión matrimonial? La polémica no acaba en la cuestión política acerca de la

pertinencia o no del matrimonio gay, porque tampoco entre los gay hay acuerdo. Pero, ¿qué consecuencias puede tener sustituir «marido» y «mujer» en un contrato de matrimonio por «contrayentes»? ¿Los sujetos que nacerán de aquí en más serán hijos de otros significantes? Si la sexualidad fue definida en un tiempo por una *naturaleza* fundamentada en la religión, y por eso ciertas prácticas se llamaron «contra natura», la heterosexualidad producida a fines del siglo XIX tomó sus bases de la *normalidad*, que en cierta forma implicó una búsqueda estadística (Hirschfeld, Kinsey). En estos tiempos prima una cuestión política y jurídica, estamos en lo que sería una sexualidad fundamentada en los derechos y calificada como «calidad de vida». «Debida» aquí también debe ser tomada justamente en el sentido de esas expresiones que aparecen de manera bastante insistente: «porque me lo merezco», «porque no es justo». Son dos expresiones con las que muchos sujetos se relacionan con su existencia, reclamándole a otro, y ese otro (la sociedad, el Estado) debe responder a esa «calidad de vida (debida)». Más allá de la historia, estos tres paradigmas conviven en nuestro tiempo, por lo que se vuelve clave tener presente el principio «cada caso, el primero», poniendo en cuestión lo que podría considerarse un saber adquirido.

Desde el campo gay, lesbiano y *queer* se ha cuestionado la heterosexualidad llamada obligatoria. Esta heterosexualidad exige una coherencia entre sexo, género, deseo y acto, tomando como punto de partida la heterosexualidad biológica. Sin duda que algo de eso se produce, pero concierne al campo sociológico, de la cultura, y de ello se ocupan el imposible de la política y el imposible de la educación. Para el psicoanálisis es necesario considerar la heterosexualidad desde otra óptica. En 1972 Jacques Lacan contribuyó a su manera para poner en cuestión el asunto: «Llamemos heterosexual, por definición, a lo que gusta de las mujeres, cualquiera sea su propio sexo. Así será más claro». Fueron las llamadas fórmulas de la sexuación que llevaron a Lacan a hacer una afirmación como ésta. No entraremos por ese camino porque son necesarias otras condiciones, pero no se puede dejar pasar el sesgo humorístico de la afirmación, que además lleva implícito que quien gusta de los hombres es homosexual, sea del sexo que sea. Si aplicamos a la heterosexualidad un ternario psicoanalítico como amor-deseo-goce surgen cosas diferentes. Por ejemplo, para el *goce*, ¿hasta dónde es determinante la cuestión de

un sexo definido? Se puede gozar casi con cualquier cosa. ¿Hay alguna teoría del *amor* exclusiva del psicoanálisis? En cada cultura, en cada tiempo se construyen o privilegian versiones diferentes del amor y hay que vérselas con eso. Y si el *deseo* apunta a partes de cuerpo, objetos parciales que son puestos bajo la mira de la destrucción, ¿es necesario partir de dos sexos? Tal vez, así como la sexualidad necesitó fabricar a la mujer como un «otro» para poder desarrollarse –incluso Freud participó de eso–, posiblemente fue necesario generar esa pareja de palabras incongruentes, heterosexual/homosexual, para hacer patente algunas particularidades del erotismo, como eso que Freud llamó bisexualidad. Dejando de lado que la fabricación de ciudadanos necesita ciertos bretes, para el psicoanálisis, si algo debe permanecer de la heterosexualidad es solo el *hetero*, pero en el sentido de lo que se vuelve diferente para el sujeto sin dejar de ser parte de él mismo. Eso *hetero* que conmueve a cada uno es algo que se separa del sujeto al constituirse en su relación al otro, y que busca volver a capturar de algún modo. Georges Bataille inventó la palabra *heterología* para nombrar una lógica de no-saber, alejada de cualquier homogeinización. La *heterología* es el discurso de lo que se vuelve totalmente otro para cada uno, de lo que no tiene medida, de los desechos, de los restos, de la particularidad. Seguramente la *heterología* de Bataille se encuentra más cerca del psicoanálisis que el dispositivo ya vaciado de la heterosexualidad. ♦

RESUMEN

La heterosexualidad, desde su invención a fines del siglo XIX, atravesó prácticamente todo el siglo XX con un silencio ensordecedor. Su existencia se sostuvo fundamentalmente por oposición a la homosexualidad, aunque implícitamente también ofició de polo opuesto a las perversiones. Dos movimientos se han producido y han potenciado la crítica a la heterosexualidad. Por un lado las modificaciones tecnológicas que afectan sobre todo a la reproducción, y en la medida en que esas tecnologías han generado demanda, han provocado cambios en los modos de relación de los humanos. Por otro lado, en la medida que los trabajos críticos sobre las perversiones se han desarrollado, también la heterosexualidad ha resultado afectada. Importa considerar que la sexualidad no es solo un hecho biológico sino que también está hecha de discurso. A partir de allí es posible auscultar la vida de la palabra heterosexualidad, rastrear sus avatares en pos de situar de un modo más ajustado lo que se entiende por sexualidad en el psicoanálisis. Este trabajo, por cierto, no tiene fin, dado que esa sexualidad, como la imagen de la libido freudiana, emite pseudópodos, se deforma, adquiere novedosas configuraciones y exige siempre poner en cuestión el saber.

Descriptores: SEXUALIDAD / HETEROSEXUALIDAD / HOMOSEXUALIDAD / PROCREACIÓN

SUMMARY

Heterosexuality, since its invention at the end of the nineteenth century, has gone all through the twentieth century with a deafening silence. Its existence was mainly supported by its opposition to homosexuality, even though, implicitly it also stood as the opposite pole to perversions. Two movements have arisen and have promoted the critic to heterosexuality. On one side, the technological modifications that affect, over all, the reproduction, and as these measures have incentivated their demands, they have provoked changes in the way humans relate to each other. On the other side, as the critic studies on perversion have developed, the heterosexuality has also been affected. It is relevant to consider that sexuality is not only

a biological fact but it is also made of discourse. It is from that point that becomes possible to auscultate the life of the word heterosexuality, track its whereabouts, aiming to situate in a more precise way what is actually understood by sexuality within psychoanalysis. This task, as a matter of fact, has no end, since that sexuality, as the image of freudian libido emitting pseudopodiums, deforms itself, acquires new configurations and it always demands to question its knowledge.

Keywords: SEXUALITY / HETEROSEXUALITY / HOMOSEXUALITY / PROCREATION

BIBLIOGRAFÍA

- DESCHAMPS, C. (compiladora). *Hétéros. Discours, lieux, pratiques*. París, Epel, 2009.
- FREUD, S. *Psicopatología de la vida cotidiana Tomo III* (traducción de Luis López-Ballesteros y De Torres). Madrid, Biblioteca Nueva, 1972.
- *Psicopatología de la vida cotidiana Tomo VI* (traducción de José L. Etcheverry). Buenos Aires, Amorrortu, 1996.
- KATZ, J. *L'invention de l'hétérosexualité*. París, Epel, 2001.
- MAZZUCHELLI, A. «El camafeísmo del insulto en el 900 montevideano», *Maldoror* N° 24, Montevideo, 2006.
- *La mejor de las fieras humanas*. Montevideo, Taurus, 2010.